

20

Los desafíos de La
democracia ante
La decadencia de
América Latina.
Análisis a partir
del pensamiento
Latinoamericano

Eduardo Devés Valdés¹

RESUMEN

ESTE TRABAJO PARTE DE LA CONSTATAción de que pensar América Latina a comienzos del siglo XXI es en primer lugar pensar en los desafíos que plantea su decadencia y que, por ello, enfrentar el tema de la democracia supone ubicarlo en este marco: democracia y decadencia, y que el pensamiento político latinoamericano se ha abocado de forma borrosa a esto. En el mismo se formula la pregunta sobre la manera de construir una democracia que impida continuar cayendo por la pendiente de la decadencia y que ojalá contribuya a remontar la otra pendiente. Sin embargo, si la intelectualidad latinoamericana es al menos cómplice de la decadencia de la región, será capaz de una adecuada comprensión de nuestra realidad política si la propia práctica antidemocrática, que en ocasiones se manifiesta en nuestra intelectualidad, no la inhabilitara para realizar propuestas sobre democracia. También se pasa revista a las elaboraciones teóricas sobre democracia realizadas en América Latina en las últimas décadas y a partir de allí se formulan algunos desafíos destinados a ligar este género de producción con la cultura de la intelectualidad latinoamericana.

Palabras claves: Pensamiento latinoamericano, democracia, estancamiento de América Latina.

Milenio, Vol. 11, 2007
ISSN 1532-8562

1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

PENSAR AMÉRICA LATINA A COMIENZOS DEL SIGLO XXI es en primer lugar pensar en los desafíos que plantea su decadencia. Por cierto enfrentar el tema de la democracia, supone ubicarlo en este marco: democracia y decadencia; en otras palabras, cómo construir una democracia que impida continuar cayendo por la pendiente de la decadencia y que ojalá contribuya a remontar la otra pendiente.

El pensamiento político latinoamericano se ha abocado de forma borrosa a esto. Quiero a continuación esbozar ese diagnóstico y formular los correspondientes desafíos.

2. LA DECADENCIA RELATIVA DE AMÉRICA LATINA²

América Latina hizo un mal siglo XX. En 1900 América Latina tenía

más importancia y mejor posición relativa que hoy en el mundo. Además, se autoasignaba un futuro luminoso. Hacia el 2000 se han ido sumando las derrotas y las frustraciones. Si comparamos a América Latina en relación a América sajona, a Asia u Oceanía veremos que su posición se desmedró durante el siglo XX. En términos relativos también se desmedró respecto a Rusia o España. Europa, que hizo una primera mitad muy mala, durante la segunda lo hizo notoriamente mejor. América Latina sólo mantuvo su posición en relación a África.

La incidencia de América Latina a nivel mundial en términos de significación en el comercio internacional, en términos de investigación científica, o en términos de poder moral o material, es verdaderamente ínfima. Me refiero a la pérdida de credibilidad por nuestra incapacidad para gestionarnos, a la bajísima presencia en Internet y en los medios globales de comunicación, a la también baja importancia en organismos internacionales, tanto como en términos armados o financieros. La región posee indicadores del orden del 1 al 2% de la importancia mundial, siendo nuestra población de poco menos que el 10%.

Salvo algunas excepciones, América Latina terminó el siglo XX con gran frustración. Ha pensado mal y ha actuado peor. Empezó con expectativas quizás equivocadas o tontas, pero en todo caso notoriamente más ambiciosas de lo que al final resultó. El siglo en general fue malo y, en relación a lo esperado, frustrante.

Sin embargo, hay saldos a favor: progresos democráticos por todas partes, salvo en Cuba. El siglo se cerró con un buen sabor a democracia en la boca de los latinoamericanos. A lo largo de cien años el racismo disminuyó y la tolerancia a las diferencias mejoró. También nuestra salud y esperanza de vida mejoraron. La desnutrición y la mortalidad bajaron durante la segunda mitad, no así la pobreza y la miseria. Según sus expectativas, Argentina es el país que hizo el peor siglo XX. Es por ello un caso interesantísimo de estudio. Muchos lo ven como la manera de farrear las oportunidades históricas. La paz internacional ha sido nuestro mejor éxito. Hubo pocas guerras internacionales y en términos comparativos murió poca gente. Hubo menos guerras que en el siglo XIX y fueron menos mortíferas, incluso si descontamos las guerras de independencia. No tuvimos genocidios como los perpetrados por el nazismo alemán, el militarismo japonés o el etnicismo ruandés. Salvo el de Guatemala en los 70 y 80. Tuvimos, sin embargo, grandes masacres y, muy recientemente, las dictaduras más sanguinarias de nuestra historia. Hemos pensado con mayor sensatez la cuestión internacional que la interna.

Es verdad que son logros escasos, pero debemos reconocerlos, tanto como nuestros errores, y deben contentarnos respecto de lo que éramos en 1900 o 1910 y también respecto de lo que hicieron otros pueblos en estos últimos cien años.

Los latinoamericanos no hemos sido capaces de resolver otros problemas y algunos los hemos acentuado. La miseria, la desigualdad, la falta de concierción y la carencia de relieve a nivel mundial son algunas de nuestras espinas. La aspiración integracionista, que ha sido una de las más hegemónicas en las ideas, ha alcanzado sólo modestísimos logros. Para decirlo corto: no hemos sido capaces de hacer bien las cosas, dejándonos tentar demasiadas veces por el cortoplacismo, el oportunismo, el facilismo, el mesianismo y la declamación.

Hubo quien dijo, para Chile, que todos los problemas se debían, en última instancia, a la mala enseñanza de la filosofía. Prefiero pensar de manera circular y compleja argumentando que nuestros fracasos se deben a un círculo vicioso de numerosas causas que se potencian recíprocamente y dentro de éstas deben destacarse los defectos de nuestro pensamiento y los vicios de nuestra intelectualidad. No hemos sido capaces como intelectuales de hacer una autocrítica suficiente.

Ahora bien, numerosos intelectuales se han abocado desde siempre a buscar las causas de nuestros problemas. Los han atribuido a motivos muy diversos que van desde el militarismo al imperialismo, desde la incapacidad para ser modernos hasta la inferioridad de la raza, desde la geografía hasta las inclemencias de la naturaleza, como ciclones y terremotos. Pocos han asumido su parte de responsabilidad en la decadencia continental. Si América Latina ha funcionado mal, se debe en buena medida a que su intelectualidad no ha sido capaz ni de pensar mejor ni de convencer a la población de la calidad de sus propuestas. Muchos intelectuales atribuyen los problemas a los "bárbaros", antiguos o actuales, pero no asumen su incapacidad para "civilizarlos". En el pasado algunos intelectuales pensaron que había que vencer al militarismo en el terreno militar, destruir bárbaramente su barbarie. La gran mayoría fue barrida de la historia. Otros se tentaron con el modelo haciéndose más militaristas que sus propios enemigos.

Mi preocupación es que la intelectualidad asuma su responsabilidad en la decadencia de América Latina y que no renuncie a su quehacer, sino que se decida por una tarea intelectual de mayor calidad. Es patético comprobar la existencia de un intelectual capaz de solidarizarse con todos los movimientos de liberación y de justicia del mundo, pero incapaz de hacer sus tres o cuatro horas de aula por semana.

3. LA DECADENCIA DE AMÉRICA LATINA Y LA INCAPACIDAD DE PENSAR BIEN

Si América Latina ha decaído, comparándola con su ubicación a nivel mundial en 1900, podemos preguntarnos cuánto de esto se debe a que América Latina ha pensado mal. Podemos preguntarnos luego, qué responsabilidad cabe en ello a quienes nos hemos atribuido la profesión de pensar y de

transmitir pensamientos; es decir, al medio de los intelectuales-docentes. Si decaemos es porque pensamos mal o al menos pensamos peor que otros que no decaen. ¿En qué sentido hemos pensado mal? Quienes estudian las ideas en América Latina deben ser capaces de decir una palabra respecto al cómo, porqué, cuándo se ha pensado mal en el continente.

— Voy a aventurar una hipótesis, que no debe ser tomada cómo única, y luego voy a ilustrarla con algunos ejemplos. La intelectualidad latinoamericana frecuentemente no se toma en serio ni se respeta a sí misma, construyendo su discurso cómo palabrería en un medio con escasa densidad cultural. La falta de densidad facilita un discurso que responde a las modas, al buen tono, al ser simpático, a la necesidad de legitimarse ante el primer mundo, evadiendo la radicalidad del pensamiento.

— Esto me parece particularmente nítido en uno de los discursos más recurrentes y consensuales, el de la integración. ¿Por qué se avanza tan poco en un asunto en el que aparentemente hay tanto acuerdo, casi desde Bolívar para acá? En primer lugar, porque cuando se habla de esto es para satisfacer las apariencias del buen tono. No se habla para generar verdaderamente integración, no es esa la racionalidad del discurso, sino contentar al auditorio, ser simpático al otro. La alta legitimidad que tiene el tema de la integración otorga prestigio a quien lo utiliza, por lo que en demasiadas ocasiones no se aborda el tema para pensar el problema o proponer soluciones, sino únicamente para obtener legitimidad.

— El segundo ejemplo es todavía más revelador. Existe en algunos círculos una costumbre por exaltar el sacrificio del Che Guevara. Curiosamente, quienes lo exaltan no piensan seguir el camino del Che, ni en lo específico de irse a la guerrilla de la selva, ni en lo general de morir por cualquier causa. Podría pensarse que se trata entonces de motivar a los estudiantes para que ellos sigan el ejemplo del Che. Si así fuera esos profesores se quedarían sin estudiantes y perderían su trabajo, por lo que tampoco puede ser una explicación. La hipótesis conduce a explicar este hecho por el deseo de ser simpático y amigable, parecer juvenil, asociándose a una figura legitimada entre los universitarios.

— Se trata en un caso de hablar de la integración y en el otro del Che para ser de buen tono y amable al auditorio, pareciendo a la vez generoso y contestatario, pero en ningún caso intentando ni entender ni modificar la realidad. Es algo parecido al intelectual que cita simultáneamente a Foucault, Habermas y Hannah Arendt, aunque sean tres personas que piensan distinto. Eso no es importante. A él no le interesa principalmente lo que piensan, lo que le interesa es ganar patente de leído y de estar al día, ante un público de incautos que no siempre sabe que esos autores escribieron algunas cosas hace más de medio siglo.

— La falta de densidad facilita un intelectual astuto más que inteligente. El

astuto gana simpatías, pero no genera densidad cultural.

4. LA (IN) CONSECUENCIA ÉTICA

Lo señalado antes implica una cuestión clave: la confianza. El tema de la confianza es entre nosotros un problema ético. El uno no hace lo que debe, el otro no espera que el uno haga lo que debe y entonces él tampoco lo hace. Se trata de engañar al otro antes de que me engañe a mí. La crisis de confianza está minando la política, la actividad económica, la actividad académica y en ocasiones, hasta el tráfico vehicular de nuestras ciudades.

El problema ético fundamental de América Latina es cómo crear y conservar la confianza y la confianza tiene que ver con hacer bien las cosas. Obviamente no es el único: los temas de la tolerancia, de la interculturalidad, de la seguridad, de la justicia social, también son importantes.

Sería abusivo pedir que los pensadores latinoamericanos descubrieran la piedra filosofal que permitiría transmutar la corrupción en honradez o la pillería en solidaridad ciudadana. Pero eso sí, debe recordarse, que se trata de un problema de la mayor importancia, al que debemos dedicarnos con radicalidad. Algunos de nuestros países se encuentran entre los que poseen mayores niveles de corrupción y desconfianza del mundo. Tales índices son inversamente proporcionales a los de desarrollo y democracia.

Es razonable proponer que nos aboquemos a esto. Donde no hay confianza se dificulta el funcionamiento económico y político, se dificulta el ejercicio de la justicia y hasta la vida cotidiana: el respeto por la otra y el otro. Confianza/desconfianza es un problema ético del que deben ocuparse los filósofos, pero es un problema que debe interesar a antropólogos, politólogos y economistas por igual.

5. LOS TEMAS DE LA DEMOCRACIA

He querido articular tres cosas: decadencia de América Latina, responsabilidad de los intelectuales-docentes y democracia. De aquí surgen varias interrogantes: si la teorización política entre nosotros estaría y hasta qué punto contaminada por esa astucia que impide la densidad intelectual; si el afán de aparentar por sobre el ser, que conduce a estar a la moda, no impediría una adecuada comprensión de nuestra realidad política; si la propia práctica antidemocrática que en ocasiones se manifiesta en nuestra intelectualidad no la inhabilitaría para realizar propuestas sobre democracia y otras interrogantes más.

Por otra parte, ya se ha aludido a que uno de los logros más importantes en el fin de siglo latinoamericano fue una transición bastante exitosa a la democracia y ello haría suponer que se pensó bien. Pero, con no menos razón puede argumentarse que, como siempre, tuvimos más éxito en terminar con algo, las dictaduras, que construir otra cosa, las nuevas democracias. Se dice

que ha bajado el interés por la política, que hay deslegitimación de los partidos, que los escándalos de corrupción han desestabilizado a los países. Esto induce a creer que era más fácil pensar el derrocamiento de las dictaduras que la construcción de democracias. O que la democracia no se ha pensado suficientemente bien.

Pero vamos a lo que se ha pensado sobre democracia en los últimos lustros³.

a) Uno de los temas fundamentales ha sido el referido a las cambiantes funciones del Estado y el papel que ha desempeñado y debe desempeñar en las democracias latinoamericanas. Quizás, afirma el politólogo venezolano Edgardo Lander, el único punto de acuerdo se refiere a que no es posible pensar en el retorno del Estado a la centralidad que ocupó en el pasado. Se ha agotado la fase histórica de lo que Marcelo Cavarozzi ha llamado la matriz estado-céntrica⁴. Sobre este tema han abundado Manuel Antonio Garretón y también Luis C. Bresser Pereira, Nuria Cunill Grau y Hugo Quiroga.

b) Otro tema de debate ha sido el de mujer y democracia, inserto en o ligado al de movimientos sociales en demanda de democracia. En un libro publicado en 1987, la mexicana Lourdes Arizpe señalaba que hoy día recorre el mundo un afán de democracia que sobrepasa los esquemas políticos tradicionales. Sus expresiones son múltiples: en el orden internacional se exige mayor equidad y al interior de las naciones surgen nuevas y viejas demandas de igualdad. Entre los movimientos que llaman la atención se encuentran los de mujeres, los de barrios, los étnicos y los ecologistas. Se trata de movimientos heterogéneos entre sí, cuya convergencia histórica hacia fines del siglo XX difícilmente puede pensarse como casual. Éstos y otros movimientos afines se abordan actualmente con la noción de participación popular⁵. Junto a Lourdes Arizpe, se han ocupado de esto, entre otras personas, la argentina Elizabeth Jelin, la boliviana Silvia Rivera Cusicanqui y la guatemalteca Ana Carrillo. En este caso ha sido relevante la relación entre democracia e identidad.

c) Emparentada aparece la discusión que asocia democracia y sociedad civil, donde se ubican quienes trabajan sobre la acción de las ONGs, las instituciones sin fines de lucro, solidarias o del voluntariado, nombres diferentes para denominar un sector que siendo muy antiguo ha tenido en las últimas décadas un desarrollo importante a la vez que transformaciones cualitativas. Prudencio Mochi y María Cristina Girardo, por ejemplo, han pensado estas “nuevas formas de participación y protagonismo de la sociedad civil”, contraponiéndolas a la “concepción neoliberal de individualismo extremo”. Postulan que “la autonomía del individuo no puede ser confundida con el individualismo”, ello porque “la autonomía es una forma de realizarse en la

vida en una relación de reciprocidad e interdependencia”⁶. Andrés Thompson y Olga Lucía Toro, por su parte, contrastan “las viejas formas de voluntariado asociadas a la caridad y a la beneficencia con las nuevas prácticas de ciudadanía democrática”⁷.

El tema democracia y sociedad civil ha sido trabajado con más detalle y amplitud por el mexicano César Cansino. Éste quiere poner en relieve una dimensión poco resaltada entre quienes han confeccionado diagnósticos sobre el presente político de nuestra región. Se refiere “al conjunto de iniciativas ciudadanas de todo tipo, como movimientos sociales, organizaciones no gubernamentales, acciones de resistencia social”, lo que “nos habla, por una parte, de una activación inédita de la sociedad civil mucho más intensa y vigorosa de lo que usualmente se cree y, por otra, de una tendencia a la ‘desestatización’ de la política por efecto de la misma emergencia de lo social”⁸. Postula Cansino que este fenómeno implica repensar la democracia en el sentido de “expresar de manera realista lo que se está moviendo en nuestras sociedades”. Esta nueva noción debe tener en cuenta cuatro elementos: 1) considera a la sociedad civil como el espacio público por excelencia, 2) coloca, en consecuencia, a la esfera pública política como el factor determinante de retroalimentación del proceso democrático, 3) concibe el poder político como espacio ‘vacío’, materialmente de nadie y potencialmente de todos y 4) sostiene que la sociedad civil es por definición autónoma y fuertemente diferenciada, por lo que la democracia se inventa permanentemente desde el conflicto y el debate público⁹. Pero Cansino apunta con su trabajo no sólo a describir o explicar un fenómeno, sino que desea operar sobre la realidad. Plantea que está exponiendo un conjunto de argumentos que “miran a recuperar la capacidad de decisión y participación del ciudadano y la sociedad civil” o, para decirlo con otras palabras, que “postulan la necesidad de construir la política desde la sociedad y, además, volver al ciudadano un sujeto que encarna y alrededor del cual convergen los principios fundamentales de la democracia”¹⁰.

d) El tema de la democracia por cierto, empalma con el de ciudadanía. Un grupo importante en esta reflexión sobre la democracia, desde un punto de vista más filosófico, ha sido el organizado en torno a la UNESCO, animado por el francés Patrice Vermeren. Allí, en una confluencia de argentinos y chilenos sobre todo, pero con presencia también de brasileños y uruguayos, se ha desarrollado una reflexión que apunta a superar resabios autoritarios y posiciones neoliberales. Autores como Carlos Ruiz, Humberto Giannini, Susana Villavicencio y Hugo Quiroga han realizado en este marco una serie de eventos y de publicaciones. En éstos, democracia se ha ligado a ciudadanía, aunque ya a fines de los 90 se liga también a cultura e identidad. Algo parecido ha intentado el grupo surgido entre CEPAL y FLACSO, en que han

convergiendo Fernando Calderón, Martín Hopenhayn, Ernesto Ottone, Lucio Kowarick, en donde se articula identidad, modernización, democracia.

La transición, al aumentar los niveles de democracia, ha fortalecido la sociedad civil y la ciudadanía. Pero, a fines del siglo, parece que la ciudadanía ya no puede realizarse en la trilogía clásica de derechos cívicos, políticos y económico-sociales, además de ser una manera inadecuada de plantear el problema, pues en nuestros países no hubo secuencia de tales derechos, ha escrito M. A. Carretón¹¹. Sin duda, la ciudadanía tiene también que ser pensada por relación a la exclusión que, por otra parte, no es una realidad que pueda ser concebida sólo de manera local o nacional, sino que debe pensarse en la globalización: ya no se es excluido sólo en el marco de lo regional sino también de lo global, se es excluido de la inserción en la globalización. La ciudadanía alude igualmente a otra reivindicación: las diversidades socio-culturales y de género. En otras palabras, la visión tradicional de ciudadanía, como la relación de la gente con el Estado, ha cambiado parcialmente de significación. En esto nuevamente la política se topa con la identidad. La ciudadanía ha ido cambiando de sentido porque las identidades han ido perdiendo su carácter político para articularse en mayor medida con factores no políticos.

El brasileño Renato Ortiz, incidiendo sobre esta discusión, ha aludido a la "ciudadanía mundial". La ciudadanía debe realizarse, de algún modo, en el escenario mundial y ello será más viable en la medida en que los movimientos sociales logren trascender el escenario nacional, percibiendo el mundo como espacio público¹².

Otro brasileño, Emir Sader, ha puesto el problema de la ciudadanía en oposición al neoliberalismo. A éste es necesario oponerle "la afirmación del derecho de ciudadanía para todos; la definición de las funciones del Estado en la consolidación de los derechos de ciudadanía y de la soberanía nacional; una modalidad de inserción en la nueva división internacional del trabajo y la democratización radical de la sociedad, en todas las esferas: la institucional, la privada (familia), la laboral (empresas) y la internacional"¹³.

Otra de las maneras de provocar, de cuestionar o reformar la idea de la ciudadanía es la que ha instalado Néstor García Canclini en *Consumidores y ciudadanos*. En dicha obra afirma que ha querido "entender cómo los cambios en la manera de consumir han alterado las posibilidades y las formas de ser ciudadano". Según piensa, hombres y mujeres perciben que muchas de las preguntas propias de los ciudadanos -a dónde pertenezco y qué derechos me da la ciudadanía, cómo puedo informarme, quien representa mis intereses- se contestan más en el consumo privado de bienes y de los medios masivos que en las reglas abstractas de la democracia o en la participación colectiva en espacios públicos. Le interesa explorar cómo se podría cambiar la visión del consumo y de la ciudadanía si se les examina conjuntamente,

con instrumentos de la economía y la sociología política, pero también como procesos culturales y por tanto con los recursos de la antropología, para tratar la diversidad y la multiculturalidad.

Esto se articula a otro problema muy característico de la época y es la dialéctica identidad/globalización que le otorga nuevos sentidos a la ciudadanía. García Canclini postula que el proceso de globalización puede resumirse como el pasaje de las identidades modernas a otras que podríamos nombrar como postmodernas. Las identidades modernas eran territoriales y casi siempre monolingüísticas¹⁴. Las postmodernas son transterritoriales y multilingüísticas. En un proceso de integración transnacional, la reivindicación de lo público no puede ser sólo una tarea para desarrollarse dentro de cada nación. De hecho las macroempresas han creado una especie de "sociedad civil mundial" de la que son protagonistas¹⁵.

e) Otra de las conexiones ha sido aquella entre política y cultura o, dicho de otra manera, democracia y valores. El ya citado Edgardo Lander se ha referido a la manera en que lo que puede llamarse una mentalidad neoliberal, está afectando (o puede afectar) la democracia. Piensa, sobre todo, en la introducción del "individualismo posesivo", utilizando para esto la categoría de C. B. Macpherson¹⁶. Para analizar el caso venezolano se basa en las investigaciones de su compatriota Maritza Montero y en los trabajos de ella sobre aproximación psicosocial al venezolano¹⁷.

La reflexión de Lander empalma todavía con otra cuestión y es la que liga democracia y pueblos indígenas. Destaca el venezolano que en los países donde la realidad indígena tiene un peso más significativo, estas poblaciones han tenido pocas posibilidades de expresar y defender sus intereses a través de los mecanismos de la democracia representativa¹⁸. Se han referido a este punto Guillermo Bonfil Batalla, Silvia Rivera Cusicanqui, Carlos M. Vilas, Rodolfo Stavenhagen, Roberto Santana, Rodrigo Montoya. Por cierto, esto viene a desembocar en el tema que probablemente marcó más los 90 en la cuestión politológica y que fue el de democracia y cultura o democracia y diversidad cultural.

Democracia, cultura y cuestiones indígenas remiten de manera directa a la idea de una sociedad multicultural y más específicamente de una democracia multicultural. El filósofo León Olivé propone el "desarrollo de un proyecto multicultural" y, refiriéndose de manera más específica a México, pregunta "sobre las condiciones que, en circunstancias concretas, se requieren para evitar o terminar conflictos particulares y establecer bases duraderas para la cooperación armoniosa entre culturas diferentes". Según Olivé, la primera condición de tal proyecto es que "las diversas culturas deberán tener la voluntad de preservarse y florecer, y de participar en la construcción de una sociedad más amplia, sin perder su identidad". Y esto porque si bien

“la posibilidad de participar en la construcción de una sociedad más amplia es un derecho”, por otra parte “este derecho lleva consigo la obligación de las culturas de tener la disposición a hacer cambios en su interior”¹⁹. Asumiendo una perspectiva muy similar, que amarra fuertemente democracia con multiculturalidad, como lo han asumido también algunos liberacionistas, el paraguayo Benjamín Arditi ha sintetizado afirmando que “el pensamiento progresista contemporáneo se caracteriza, entre otras cosas, por el apoyo inquebrantable a ser diferente”²⁰.

f) La última conexión que quiero señalar es la establecida, principalmente por el PNUD (el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) sobre democracia y desarrollo. Los redactores de los informes se han abocado al tema del desarrollo humano que han ligado a cuestiones como capital social, redes, sociedad civil, descentralización y por todo esto a democracia. En la medida en que uno de los objetivos ha sido restituir a la persona su protagonismo como sujeto del desarrollo²¹, se trata de fortalecer el capital social, cuidar y profundizar las distintas formas de sociabilidad, promover las relaciones de confianza y cooperación²². De este modo sostienen, al generarse tejidos societales que den confianza y estabilidad, se aporta una condición básica para el desarrollo empresarial y el éxito macroeconómico en general²³. Por otra parte, la noción desarrollo humano se relaciona también con la democracia, en este esquema, pues sugiere formas de descentralización del poder, lo que implica una participación política más intensa e institucionalizada de las regiones, ello supone un cambio en las estructuras del poder, cosa que a la larga potenciará las propias capacidades participativas y productivas de la sociedad, haciendo más expansivo y sostenible el desarrollo humano²⁴.

En síntesis algunas de las maneras más relevantes de pensar la democracia en América Latina en los últimos lustros han sido:

- a) Por relación con la cuestión de la pérdida de protagonismo del Estado;
- b) Por relación a la sociedad civil y las nuevas formas de ciudadanía;
- c) Por relación a la participación de la mujer y a la presencia de los nuevos movimientos sociales;
- d) Por relación a lo cultural y a la expresión de las diferencias;
- e) Por relación al desarrollo.

Por cierto, estos discursos se traslapan unos con otros, pero los distintos énfasis representan igualmente diferencias. Voy a rescatar algunas de estas ideas inmediatamente.

DESAFÍOS

Para terminar cabe una reflexión y dos propuestas. Ante estas ideas sobre democracia y ante la constatación de nuestra decadencia continental, ¿qué puede hacer un estudioso de la ideas como yo? Pienso que no me cabe específicamente opinar sobre el ejercicio de la democracia en América Latina ni proponer modelos, procedimientos o leyes, pero sí explorar en las expresiones de nuestro pensamiento politológico y señalar limitaciones y proyecciones. En consecuencia, quiero proponer dos desafíos. Uno referido en forma genérica a la cuestión de cómo los latinoamericanos pueden pensar mejor; otro específico, referido a la cuestión de las maneras de pensar la democracia.

El primer desafío se refiere a la cuestión de la democracia. Creo que es necesario comenzar por señalar una obviedad, olvidada por muchos: la democracia es un asunto de vida y no sólo de ideas, la democracia se enseña practicándola y no sólo predicándola o pensándola, los intelectuales-docentes no sólo deben pensar bien sino actuar correctamente, pues son formadores.

Dicho esto, creo que para enfrentar la relación democracia-decadencia los que más se han acercado son quienes han pensado desde el PNUD. Cuestiones como confianza y capital social, son fundamentales para pensar una democracia que remonte la pendiente de la recuperación.

A mí juicio el PNUD ha pensado algo "paternalmente", y no quiero descalificarlo como paternalista, la manera de incorporar a la democracia a los sin voz, a los pobres, a los marginados, ocupándose poco, sin embargo de quienes manejan las mayores cuotas de poder. Son éstos quienes han puesto más en peligro la democracia en los últimos lustros por la corrupción y la burla de la ley, es decir, por pretender que cada uno puede saltarse las reglas del juego. Esto ha debilitado una vez más la confianza recíproca necesaria para que funcione la política y la economía y la clave para que cada uno respete la ley. No puedo respetarla si pienso que la mayoría no la va a respetar.

Creo que es clave pensar en crear una cultura democrática para las masas, así como pensar las condiciones para que estas masas accedan a la democracia con sus diversas dimensiones, las gocen y sean partícipes cabales de la polis. Y esto es algo que en numerosos lugares de América Latina es algo a conseguir. Pero hoy me parece más urgente pensar las formas en que políticos, empresarios, burócratas, y en general los grupos de élite: dirigencias sindicales, estudiantiles, gremiales, etc. generen niveles de confianza, de credibilidad, de sentido ciudadano que les lleve a asumir comportamientos éticos en y respecto a su polis.

Toda renovación, toda innovación, toda reforma, todo mejoramiento social supone que quienes lo emprendan se consideren por debajo de la ley y no por encima de ésta. Si la decadencia de América Latina proviene en buena medida de la incapacidad para concertarse por la desconfianza generaliza-

da, crear confianza es clave para remontar la pendiente. La creación de confianza como tarea de la democracia es también clave para crear confianza en el espacio económico.

El pensamiento politológico latinoamericano debería abocarse a pensar la forma de implementar una democracia que, permitiendo la confianza, facilite el trabajo conjunto; una democracia que no inhiba o coarte al ciudadano sino que potencie sus capacidades para vivir mejor: para mejorar su educación, su salud, su entorno, sus condiciones laborales, su calidad de vida en general; una democracia que no apequene al ciudadano sino que lo incentive a trascender el aparato del estado e incluso el Estado-nación. En otras palabras una democracia que libere las fuerzas productivas humanas.

El segundo desafío y más amplio, se refiere a la posibilidad de pensar mejor a Nuestra América. Estas jornadas tienen por motivo la democracia, pero no es un encuentro de especialistas en democracia sino de intelectuales-docentes y estudiantes que se ocupan de la realidad en sentido mucho más amplio que la cuestión política. El desafío de pensar mejor Nuestra América trasciende con mucho aquello de pensar bien la democracia. Pensar mejor es nuestro principal deber ético, la ética intelectual es el deber de pensar mejor. La principal militancia es con pensar mejor, es allí donde servimos a nuestro pueblo.

Hubo quienes creyeron que debían abandonar la academia para militar difundiendo el ideario cristiano o neoliberal. Por cierto están en su derecho, pero la academia no puede imaginar la ética localizada únicamente fuera de la academia. La ética se realiza en la actividad académica y universitaria misma, pensando mejor. Pensando mejor en el sentido más práctico como enfermera y como contador, pero también como filósofo y como economista, como matemático y como jurista, como historiador y estudioso de la cultura. Pensar mejor es por cierto pensar con la lógica, pero es también proceder con método, es igualmente operar con la crítica intelectual, es también pensar con radicalidad, es por último pensar con inventiva.

Si la decadencia de América Latina viene en parte de una intelectualidad entregada a la moda, a la apariencia, a la frivolidad sin compromiso con la auténtica búsqueda de la verdad, del comprender y transformar la realidad, entonces la cuestión de la calidad es clave. Calidad sistemática es igual a densidad.

Podría decirse que el problema de la decadencia latinoamericana es un problema político y sería verdadero. Podría igualmente decirse que es económico y también sería verdadero, o educacional, o tecnológico, o internacional, o de capital humano y etc. Sin duda, todos los factores están comprometidos en esa decadencia, pero debe haber algo que los relaciona y articula. A mi juicio, el elemento articulador es el hacer mal las cosas, el abaratamiento. América latina se ha abaratado queriendo pasarse de astuta, nuestra intelec-

tualidad ha sido cómplice de este abaratamiento.

Los sistemas de evaluación autocomplacientes, el pacto de la mediocridad, hacen de espejismos. Hacemos el simulacro del Primer Mundo, de la calidad, pero nos resignamos al abaratamiento del Tercer Mundo, con el argumento de que "la vida es otra cosa".

El principal rol del intelectual es pensar bien, allí se realiza prioritariamente su servicio a la sociedad y pensar bien es en primer lugar realizar una tarea académica de mejor calidad. Para que esto sea posible deben mejorarse currículos, instalaciones, bibliotecas, financiamientos, todo, todo. Pero pienso que alimentando todo esto debe estar la convicción de la importancia y la posibilidad real de pensar mejor. Creo que es clave superar la visión conservadora y conformista que nos tienta con la apariencia por sobre el ejercicio de nuestras capacidades.

NOTAS

- 1 Investigador del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. *eveves@usach.cl*
- 2 Algunas de estas ideas han sido desarrolladas más ampliamente en "Pensar Nuestra América. Balance y desafíos del pensamiento latinoamericano contemporáneo". En revista *L'Ordinaire Latinoamericain*, 2006.
- 3 Reproduzco a continuación algunos trozos de mi trabajo *El Pensamiento Latinoamericano en el Siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Tomo III. Las discusiones y las figuras del fin de siglo. Los años 90*, Biblos - DIBAM, Buenos Aires-Santiago, 2004.
- 4 LANDER, EDGARDO, "La democracia en las ciencias sociales latinoamericanas", Caracas, UCV-BN, 1996, p.40.
- 5 ARIZPE, LOURDES, "Prólogo: democracia para un pequeño planeta bigenérico", en JELIN, Elizabeth (comp.) *Ciudadanía e identidad: las mujeres en los movimientos sociales latinoamericanos*. UNRISD, Ginebra, 1987, p. XI.
- 6 MOCHI, PRUDENCIO Y GIRARDO, MARÍA CRISTINA, "El voluntariado: una elección de solidaridad y reciprocidad". *Sociedad Civil*, N°9, vol. 3, México, verano 1999, pp. 23-24.
- 7 THOMPSON, ANDRÉS Y TORO, OLGA LUCÍA. "El voluntariado social en América Latina: tendencias, influencias, espacios y lecciones aprendidas". *Sociedad Civil*, N°9, vol. 3, México, verano 1999, p. 47.
- 8 CANSINO, CÉSAR. "Democracia y sociedad civil en América Latina. Una revisión crítica de los diagnósticos latinoamericanos en los años 80 y 90". *Metapolítica*, N°7, vol. 2, CEPCON, México, julio-septiembre 1998, p. 435.
- 9 *Ibid.*, p. 436.
- 10 *Ibid.*, p. 437.
- 11 CARRETÓN, MANUEL, "Las sociedades latinoamericanas y la

- perspectivas de un espacio cultural". En *América Latina: un espacio cultural en un mundo globalizado*, Bogotá, CAB, 1999, p. 9.
- 12 ORTIZ, RENATO, "América Latina: la visión de los cientistas sociales". *Nueva Sociedad*, Caracas, N°139, sept.-oct., 1995, p. 133.
 - 13 SADER, EMIR. "El neoliberalismo y la lucha por una hegemonía alternativa". En *América Latina y el Caribe: perspectiva de su reconstrucción*. SOZA ELIZAGA, RAQUEL, (coordinadora), ALAS-UNAM, México, 1996, pp. 205-206.
 - 14 GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Grijalbo, México, 199, p. 31.
 - 15 *Ibid.*, p. 192.
 - 16 LANDER, EDGARDO. *Neoliberalismo, sociedad civil y democracia*. UCV, Caracas, 1995, p. 145ss.
 - 17 MONTERO, MARITZA. *Ideología, alienación e identidad nacional. Una aproximación psicosocial al ser venezolano*. UCV, Caracas, 1991.
 - 18 LANDER, EDGARDO, Op. Cit., p. 184.
 - 19 OLIVÉ, LEÓN. *Multiculturalismo y pluralismo*. Paidós-UNAM, México, 1999, p. 17.
 - 20 ARDITI, BENJAMÍN. "El reverso de la diferencia", en Arditi, Benjamín (editor). *El reverso de la diferencia. Identidad y política*. Nueva Sociedad, Caracas, 2000, p. 99.
 - 21 PNUD (1998) *Las paradojas de la modernización*, PNUD, Santiago, p. 31.
 - 22 *Ibid*, p. 34.
 - 23 PNUD (1996) *Desarrollo humano en Chile*, PNUD, Santiago, p. 26.
 - 24 *Ibid*, p. 25.